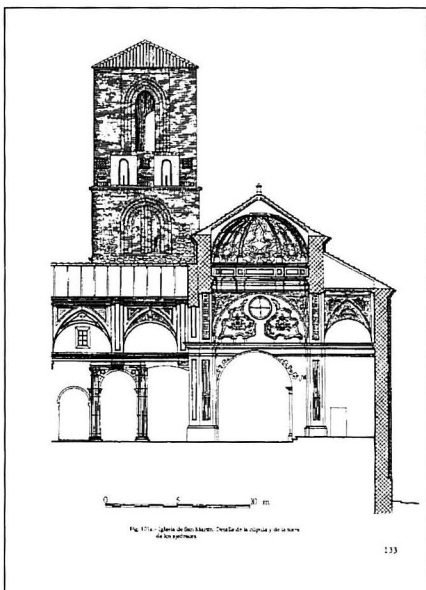


CERVERA VERA, L.

Arévalo (Avila) Desarrollo urbano y monumental hasta mediados del siglo XVI

Editorial Alpuerto/ Madrid 1992

22x31 cm./ 411 pags./ ISBN 84-381-0168-2/
5.000 ptas.



Arévalo (Avila) es un libro singular. Un libro precioso, al que puede pronosticarse un futuro de rareza buscada.

Su notable presencia obedece a una fórmula ensayada y corregida en varias ocasiones por su autor, Luis Cervera Vera, arquitecto y académico, bibliógrafo y bibliófilo. Una fórmula aplicada concienzudamente.

Y el libro no se entendería sin descubrir tras ella - y no es difícil- una auténtica afición por la arquitectura, por su delineación, un empeño académico por la glosa erudita y el rigor a ultranza, un gusto libresco en la impresión en folio, papel bueno, capitales destacadas, amplio margen; y en fin, un amor por las cosas que compusieron el corazón de España.

No hay en el libro una sola fotografía; ningún gráfico estadístico; ningún análisis pedante; ninguna frase poética.

El autor escoge una estructura y un tono que recuerdan las antiguas crónicas. La narración, tácil y lacónica, avanza linealmente, de fecha en fecha - cita a cita-, con un prurito notarial.

Los orígenes inciertos de Arévalo, su prehistoria, las ocupaciones, romana, visigoda y musulmana, se reflejan en términos generales, como rumores que llegaran a los oídos de sus pobladores.

Pero los primeros pasos de la Reconquista su-

ponen la refundación de Arévalo, y el texto se ciñe paulatinamente a los acontecimientos de su vida urbana. A las generalidades de la Castilla medieval se superponen ahora datos precisos de fueros, bulas y donaciones; aparecen los primeros edificios de porte, y se esboza la disposición del caserío.

Con los Trastámara, Arévalo se convierte en escenario urbano de cierta entidad. Y los capítulos centrales del libro hilan testimonios numerosos, de hechos relevantes o meramente curiosos, salvados por un registro casual. Son las estancias de los reyes, escaramuzas y batallas; el florecer de la cábala con Mosé de León; o el cortejo fúnebre de Isabel la Católica, de paso a Granada. La narración se detiene para dar cuenta de la aparición o reforma de parroquias y conventos, el Real de Don Enrique II, o el molino de Don Alvaro de Luna; y poco a poco, entre avatares de fortuna diversa, cobran forma los barrios, el arrabal, la morería y la judería.

El último capítulo, "El reinado del emperador Carlos" adopta un ritmo más pausado. Y la villa, que cuenta con mil vecinos, se describe con numerosas obras, y oficios en plena actividad. Las líneas finales notifican la abdicación del emperador y el inicio del nuevo reinado. La mención de Don Felipe II -nada casual- concluye la narración.

Siguen una bibliografía extensa; y unos índices onomástico, topográfico, y general -muy desarrollado-, que satisfarán cualquier consulta.

Imperceptiblemente, los monumentos se convierten en protagonistas de esta historia. Los vemos crecer, menguar o renovarse; se alinean en calles o conforman plazas, plazas a las que concede Cervera especial atención. Y al retirarse los personajes, necesariamente fugaces, que los transitaban, permanece en pie el escenario humilde, bello y vario, de Arévalo.

Centenares de dibujos lo muestran: mapas de situación y crecimiento, plantas y alzados, detalles y panorámicas. Bellos dibujos, precisos como el texto que acompañan, impresos en un sepia rancio, que presta una calidad indefinible a muros mudéjares, y bóvedas de abarrocadas yeserías.

La "nota preliminar" -ni siquiera una Introducción literaria- prometía "las noticias históricas precisas" y planos "levantados con rigor y minuciosidad". Y razonaba que "la historiografía urbanística y arquitectónica sólo puede estimarse válida... si se basa en soportes documentales y en el completo conocimiento de los edificios, que únicamente pueden analizarse y comprenderse con plantas, secciones y alzados válidos."

Y, verdaderamente, así se ha procedido.

Joaquín Lorda Iñarra